

IV CERTAMEN DE RELATOS CORTOS  
"GRUPO ITEVELESA"

**La coincidencia**

La gente se agolpaba a su alrededor pero no recordaba qué hacía allí. Sólo sentía la vaga sensación de que estaba regresando a su hogar mientras miraba el cálido cielo de primavera. Se encontraba realmente bien.

Dos semanas antes en su empresa, una multinacional de ITV, se estaba preparando la llegada del CEO para la aprobación de los presupuestos correspondientes. Sus representantes, de ideas diametralmente opuestas, se habían hecho celebres por la pugna acalorada que surgía entre ellos en su defensa. Por una parte, Antonio, había elaborado un informe que abogaba por la reducción del coste que suponía aparcar un año la inversión sobre seguridad vial. En el otro polo, José consideraba la seguridad vial uno de los pilares culturales de la sociedad, y había elaborado un proyecto en el que se incidía en su importancia, argumentando que a la larga sus frutos, junto con el cuidado del medio ambiente para nuestros hijos, eran una de las mejores inversiones que se podían realizar. En la argumentación final, Antonio esgrimía la idea de que no era necesario invertir en algo que marchaba bien mientras José defendía que para que siguiera yendo bien había que seguir invirtiendo. Tras acabar la reunión la confrontación continuaba.

—Parece que el CEO es proclive a mi idea y la ha acogido gustosamente —espetó Antonio con gesto de satisfacción.

—Es sólo la primera impresión. ¿Tú has visto que el aceite este por debajo del agua? —objetó José, deseando que el apoyo inicial a la idea rival no se plasmara como decisión final.

—Sí, bastantes veces —respondió Antonio sonriendo.

—Claro, cuando acaba de echarse durante un tiempo permanece debajo hasta que la naturaleza de cada cosa se asienta, pues si no fuera así sería antinatural, como tu proyecto. Me pregunto si no tendrías remordimientos si ocurriera un accidente.

—Estoy convencido de lo que digo en mi informe y no siento ningún temor al respecto. De hecho nunca ocurre nada —apostillo finalmente.

—Creo que te equivocas y sí ocurren muchas cosas a nuestro alrededor de las que pocas veces somos realmente conscientes. Estoy convencido de que por algún motivo desconocido el destino es como si nos diera crédito, y actuara parecido a lo que ocurre cuando se llena un vaso de agua, y sólo cuando el líquido llega al tope y se desborda, sobreviene, digámoslo así, un castigo o llamémosle una dura lección.

Antonio se quedó pensativo durante unos segundos. Esa opción nunca la había contemplado. En su filosofía de la vida, tenía asumido que hiciera lo que hiciera, mientras fuera lícito, nunca tendría nada por lo que lamentarse. ¿Y si había llegado al tope de su vaso personal sin saberlo? Aun así respondió con sarcasmo.

—Los remordimientos son algo que perdí hace mucho tiempo aunque no entiendo tu insistencia en incidir en las debilidades de mi informe en lugar de valorar sus puntos fuertes. Todo proyecto tiene pros y contras y en este momento la seguridad puede esperar al próximo año. No creo que un letrero más o menos sea importante.

—Ya sabes que toda acción tiene una reacción según la segunda ley de la termodinámica.

—Sí ¿Y qué quieres decir, que recibiré un castigo por disminuir el presupuesto en seguridad vial? —sonrió con sorna.

—Según la teoría del Caos, el aleteo de una mariposa puede sentirse en el otro lado del mundo y provocar un desastre.

— No veo proporción en el ejemplo que me muestras.

—Depende de lo que ese aleteo provoque. ¿Y si ese aleteo provoca que el desierto deje de serlo?

—Entiendo. Crees que cada acción tiene un valor relativo.

—Pienso que sí; roba a un ladrón y tendrás cien años de perdón.

—Robar cien euros tiene las mismas consecuencias, ya sea a un ladrón o una monjita —gesticuló Antonio, reafirmandose en el valor absoluto y neutro de un acto.

—En mi opinión, no. Yo creo que si robas a un ladrón el vaso se llena una gotita, pero si robas a una monjita el vaso se llenará muy rápido.

—Tengo experiencia sobre eso y no estoy de acuerdo.

—Quizás es que en tu experiencia sólo has tratado con ladrones —apuntilló en broma, carcajeando.

—Eres muy gracioso —dijo sarcásticamente—. ¿Quieres decir que si alguien roba a una monjita, o a una buena persona el vaso se llenará hasta su tope y recibiré un hipotético rápido castigo? No imagino que puedas creer lo que dices. Tienes un problema.

—No —aseveró tajantemente—. Mi problema es que lo he visto.

Antonio se quedó pensativo. No sabía si José estaba convencido realmente de lo que le estaba diciendo o si simplemente era una broma, pero si efectivamente pensaba de esa forma, no sería rival para él, acostumbrado a jugar siempre fuerte.

—Lo siento pero ahora tengo que ir a realizar unas compras urgentes —se despidió, cortando una conversación que ya no quería continuar.

Otro compañero, pasaba por allí.

—¡Parece feliz hoy! —exclamó sorprendido Juan.

—Sí, está contento porque cree que su proyecto ha ganado. Si ves a un enemigo sonreír, desconfía pues significa que ha conseguido su objetivo.

—¿Por qué te llevas tan mal con él? No encajáis en absoluto.

—Es cierto yo intento mejorar las cosas, mientras que él no. Por las circunstancias, por su personalidad... Algo le ha influido negativamente y le impele a destruir más que a construir.

—Pero entonces ¿Cómo podéis llegar a acuerdos?

—Gracias a la tolerancia, amigo Juan. Es una cualidad que todos tenemos que aplicar en la vida, pues ella es un puente entre las discordancias y las enemistades que ayuda a acercar posturas a veces irreconciliables y concretar acuerdos difíciles.

La contestación le dejó perplejo pero asintió con la cabeza.

José estaba muy cansado de tanta discusión. El día había sido muy intenso con la defensa de su informe y su cabeza parecía estallarle y quería regresar a casa a descansar un poco.

Llegó el día de hacer la segunda exposición de los proyectos y Antonio expuso brillantemente los motivos por los que se debía de ahorrar mientras que José, entre otros, explicó los motivos por los que no se debía demorar esta partida. El CEO finalmente se decantó por la idea del ahorro, posponiendo la inversión en seguridad para el próximo año.

Pasaron algunas semanas y Alejandro, un conductor que iba a pasar la ITV de su vehículo, andando por las instalaciones, tuvo tan mala suerte que no vio el deteriorado letrero indicativo de peligro, no sustituido como parte del ahorro en el presupuesto, y se torció un pie, causándole un esguince bastante grave. Siendo conductor de autobús, tuvo que guardar descanso por tres semanas y él lo vio como un pequeño descanso. Un día su primo Andrés le fue a visitar.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien, ya ves descansando.

—¿Qué te sucedió?

—Andaba hacia la cabina de pago de la I.T.V., cuando miré un viejo cartel, intentando leer lo que indicaba. En ese momento metí el pie en un socavón y me lo torcí.

—No te preocupes. Lo que tienes que hacer es reposar y cuidártelo bien.

—Claro, lo que siento es no poder comprarte el regalo para tu cumpleaños de la próxima semana. Había pensado comprarte un muñeco que sustituyera el colgante luminoso que te compré el año pasado, ese que tan poco te gusta.

—¿Esa reliquia que me diste? No te preocupes. La tiraré y ya está.

—Espero ir a jugar contigo al fútbol tan pronto como me reponga.

—Claro, estaré esperando para darte una paliza como siempre.

—¡Ja! Ya veremos.

Tras varias horas de charla llegó el momento de la partida.

—Nos vemos y recupérate pronto — se despidió.

Alejandro ponía cara de circunstancia, pues tenía bastante dolor.

Pasaron las tres semanas y el conductor seguía sintiendo malestar por el esguince, el cual había sido más grave de lo que había pensado en un principio. Cuando volvió al trabajo se encontró con una sorpresa poco agradable: el despido por no superar el periodo de prueba.

Ese día Antonio conducía feliz. Había ganado y sin duda eso le supondría un ascenso. La noche era cerrada y un coche parado, que le impedía avanzar atrajo su atención sobre un hombre arrodillado en la acera que parecía auxiliar a otro tirado en el suelo. Esperó varios segundos y al ver que ni siquiera le miraba, pitó fuertemente varias veces. La persona le miró. Tenía un arma en la mano y Antonio de golpe comprendió el lío en el que se había metido. Era un testigo de lo que parecía un asesinato. Rápidamente echó marcha atrás mientras el asesino se apresuraba, corriendo hacia su coche para perseguirle.

Giró varias veces a izquierda y derecha, Intentando despistarle. ¿Habría visto su matrícula? Miraba hacia atrás insistentemente pero tras varios kilómetros de recorrido no veía ningún vehículo. Al llegar frente a su chalet, apuntó con su mando para abrir la puerta del garaje y tras una nueva mirada

furtiva introdujo a toda velocidad el coche hacia el garaje. Cerró la puerta. Por fin se encontraba a salvo. Un respiro de alivio y se permitió descansar algunos minutos sin moverse del asiento de su vehículo. Estaba exhausto. Cenó y se echó a dormir, pero la tensión le impedía conciliar el sueño. No tardó mucho en caer en la idea de que el asesino intentaría seguir buscándole y quizás no tardaría mucho tiempo en descubrir dónde vivía. Ciertamente no había demasiados Maserati y el asesino sería lo primero que investigaría. Esta idea le asaltaba obsesivamente por lo que decidió trasladarse al trabajo a partir de entonces con su utilitario. Al cabo de varias semanas la obsesión disminuyó, dejándole un cierto respiro.

Antonio tras comprar en el supermercado de la urbanización regresaba hacia su casa. Una persona enfrente de su garaje llamó su atención. De repente lo reconoció, tenía un falso bigote pero sin duda era el asesino. ¡Esos ojos y su expresión no podía olvidarlos! Soltando toda la compra que tenía, corrió alejándose desesperadamente. El asesino al verse reconocido comenzó a perseguirle con todas sus fuerzas. Tras varios minutos Antonio se cobijó en la casa de un vecino y telefoneó a la comisaría, informando de lo que ocurría, consiguiendo que le asignaran una patrulla escolta de seguridad. Pasaron varios días y era el día en que se iba a disputar la final de la Copa del Rey de hockey sobre patines. Era una noche oscura y el timbre sonó. Miró por el portero para comprobar que era su escolta quien llamaba y pulsó el botón de apertura de la puerta exterior. Ya en la puerta de entrada al hogar, súbitamente vio cómo el escolta recibía un fuerte golpe en la cabeza de parte del asesino, dejándole inconsciente. Intentó cerrar la puerta pero la pistola le apuntaba. Su tez se puso blanca como la nieve y levantó las manos. La seguridad, por qué no invertir en seguridad, ahora se arrepentía y quería que todo fuera diferente.

—Cierra totalmente las persianas —le ordenó, mientras se adentraba en la casa.

Tras hacerlo le ordenó acercarse. Mientras lo hacía cayó en la cuenta de que en la mesita del salón reposaba el mando para controlar el apagado y encendido de las luces. Al pasar a su lado, vio su última oportunidad, y pulsó repentinamente el botón que apagaba todas las bombillas. Varias balas volaron contra él sin acertarle, abandonando a toda prisa la casa no sin antes tirar la mesita que se encontraba junto a la puerta, para dificultar su persecución. Mientras corría, un fuerte golpe le informaba del éxito de su trampa.

A la salida buscó el coche de escolta sin encontrarlo, por lo que corrió con todas sus fuerzas para intentar llegar a la comisaria. Al mirar hacia atrás se dio cuenta de que que sería atrapado antes de conseguir su objetivo por lo que decidió esconderse en un pequeño entrante de una esquina oscura. El silencio sepulcral le permitía escuchar los pasos del asesino. Era agotador y su respiración a mil, acallada por la proximidad de su perseguidor, contrastaba con el frío nocturno. Gritar sólo serviría para alertar a su perseguidor y ser capturado, además pondría en peligro a otras personas que no serían obstáculo para un asesino.

El tiempo tomaba para él en ese momento su dimensión real con toda su impactante importancia. Ese tiempo que a veces tan poco valoramos pero que anhelamos nostálgicamente en momentos críticos, cuando se nos escapa de las manos y cada segundo es más que oro para nuestra conciencia. El tiempo seguía siendo el mismo, pero su importancia no. Pensó entonces en lo relativo que era todo, también el dinero.

Afortunadamente el asesino pasó de largo sin verle. Los pasos se oían alejarse poco a poco alentados por el deseo de Antonio de sobrevivir y de cambiar. Cuando parecía que había logrado su objetivo, un rayo luminoso, procedente del viejo adorno cristalino de la cabina de un taxi iluminó el lugar donde se encontraba escondido. ¡Qué oportuno! ¡Qué poca suerte! Había sido

descubierto y el asesino sonrió. ¡Maldito taxista! Era Andrés, el primo del conductor lesionado por falta de seguridad en la I.T.V.

Comenzó una rápida persecución pero el asesino estaba bien entrenado y poco a poco conseguía acercarse a él. En el parque, al bajar por la escalera tropezó, cayendo varios metros, golpeándose contra la dura piedra y quedando maltrecho. El asesino se acercó lentamente y lo último que pudo ver fue su macabra sonrisa.

De pronto Antonio abrió los ojos como platos. A fin recordaba qué hacía allí y tenía alguna sospecha de por qué la gente se agolpaba su alrededor. Quizás debiera haber tenido más consideración sobre los carteles de seguridad. Ahora todo estaba claro, pero era tarde.

Algo mojado sobre su cara reclamó su atención. Eran lágrimas de impotencia en las que en su interior, extrañamente podía ver imágenes de los errores cometidos recientemente. Las paredes blancas le recordaban algo indefinido que no lograba determinar. Los desconocidos habían desaparecido y a sus pies sólo quedaban una mujer que hablaba con un hombre que le miraban fijamente.

—¿Qué le pasa doctor? —preguntó su hija.

—Ha recibido un fuerte golpe que le ha provocado una hemorragia, pero no se preocupe vivirá. El escáner muestra que hay un daño de carácter irreversible en su cerebro que le impide recordar hechos antiguos.

—¿Quiere decir que no recordará a su familia?

—No sabemos cuánto tiempo puede estar así, o si ni siquiera llegará a recordar algo de su vida actual.

Antonio estaba escuchando y se sentía impotente. Quería moverse pero no podía; quería hablar pero algo se lo impedía. Las lágrimas afloraron intensamente en sus ojos como un río sin contención, donde el deseo de vivir era matado por su arrepentimiento de haber actuado mal. Algo mojado le

despertó. Antonio se levantó sobresaltado. Buscó ansiosamente el calendario: era jueves, 23 de septiembre, el día de la segunda reunión con el CEO. Su mirada se enfocó sobre la mesa donde estaba su informe sobre los recortes en seguridad vial, perdiéndose intensamente en éste.